HÉCTOR VELARDE
EL CONCHO TELÚRICO DE ACOMETIVIDAD
MANO IZQUIERDA EDITORES

El Concho Telúrico de Acometividad
Héctor Velarde

Aparecido en La Perra en el Satélite, de Ediciones Populares de
la Editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1958.

Edición bajo el cuidado de
Mano Izquierda Editores.

Circa, Lima-Perú, 2020.

EL CONCHO TELÚRICO DE ACOMETIVIDAD

Acaba de llegar la traducción de un estudio en alemán sobre el Perú publicado por la Das Munster & Schnell de Münich. El estudio es del mayor interés para nosotros y su autor es un tal Wilmir Krüger Von Futte.

Fuí a ver a Von Futte y me dijo:

–Exacto, yo he querido escribir un libro sobre el Perú, pero no a la manera de algunos escritores elegantes que pasan cuatro días entre Lima y Machupicchu y luego escriben toda clase de tonterías, no, yo he querido escribir algo muy serio y para eso he pasado prácticamente toda mi vida en Lima.

En efecto, hace cuarenta años que Von Futte está en el Perú, se casó con su cholita, vive Abajo el Puente, come tacu-tacu, tiene un hijo diputado y es empleado especialista en huelgas del Ministerio del Trabajo.

He aquí un resumen comprimidísimo del libro:

El denso fondo cultural, sin rueda pero con mucha tela, que tiene el Perú, proviene de su clima maravilloso, topografía imposible y brote mágico vegetal en pedacitos de tierra. ¿Para qué la rueda, es decir la carreta, en desiertos de arena, quebradas de huaicos, andenes gigantescos y picos inaccesibles? Luego la llama no es un animal de tiro. La rueda no podía ser peruana. En cambio el tejido era la actividad directa y orgánica dada por el algodón de los oasis en la costa y por la lana en los refugios de la sierra. Los peruanos lo tejían todo; sus casas, sus barcos, sus puentes, sus armas y hasta su literatura. Sus célebres huacos no son, en el fondo, sino tejidos de arcilla. Ablandaban hasta las piedras y luego

las tejían... No les iba ni les venía que la rueda pudiese recorrer estúpidamente distancias infinitas; ellos metían las distancias infinitas en sus huacos o las chorreaban en sus telas. Por eso son cosas llenas de misterio. No se lanzaban hacia lo imposible sino que se lo traían. La rueda les importaba un pito.

Sin rueda, es decir, sin continuidad mecánica lineal, dinamismo suelto, eje de rotación y soporte, traslado veloz, técnica de aceitera y ruptura violenta, el peruano se entregaba plenamente al tejido o, lo que es lo mismo, al paciente y delicado crecimiento de lo mismo en superficie y volumen, a la blandura estática, al organismo que contiene y cobija, a la estructura del hilván y al acabado en bordados o en hilacha. Por eso los peruanos son tan finos.

Dos aspectos opuestos contribuían, pues, a que los peruanos fuesen tejedores geniales; el de un clima único en el mundo, sin lluvias, ni huracanes, hielos ni insolaciones, un clima que es la Providencia misma y que los tenía resguardados y felices y sin mayores esfuerzos, y luego el de la naturaleza de un suelo tremendo, agotador, aplastante que lo sfija y los junta en puntos aislados y contra el cual la rueda es como la Carabina de Ambrosio. Los españoles tuvieron que conquistarlos a pie con unos cuantos caballos que hacían pininos de cabra y de camello. Los carros de Alejandro, de César, de Atila, se hubieran hundido o desbarrancado...

Bueno.

Este contraste absoluto en el mismo meio geográfico, entre lo suave y delicioso del clima y lo terrible de la topografía que fija y detiene, fue elocuentemente expresado por los tejedores peruanos quienes, en materia de lógica aristotélica y aguja, tejían los tejidos de contradicciones más bellos y perfectos del mundo. (Todas de Paracas).

Ambos aspectos opuestos producen consecuencias di-

rectas y complementarias; el aspecto de fusión y armonía con el clima, que es, lo repetimos, la Providencia misma, y el aspecto de imposibilidad de conquista de un suelo superior a la escala humana. La naturaleza en el Perú es un cuco invencible con aire acondicionado.

Primer aspecto.

Este aspecto establece e inculca lo grato, la confianza en el existir, lo generoso, la paciencia, lo orgánico-biológico, lo que se arregla solo, lo que dura sin cuidarlo y las buenas maneras. La conservación del individuo y de la especie no es un drama como en Hamburgo o Chicago sino una simple función pasiva de defensa (puestos); se desarrolla sin brusquedades bajo un cielo benévolo y sobre una tierra que produce todo siempre y cuando no se metan con los cerros y los arenales. Entonces, ¿para qué la precisión, el rigor y llegar a la hora? Lo indefinido, la despreocupación, cierto abandono de las cosas (dejadez), la discontinuidad en los procesos, un pacto latente con Dios, determina el estilo depurado y encantador del peruano, sobre todo, del limeño.

Nada fuerza, pues, a los ilustres descendientes de los tejedores peruanos a formas y actitudes, duras, concluyentes y, en el fondo, absurdas. Al contrario, y lo repetimos, la invitación del clima ideal, del lugarcito cómodo y de la papa abundante en ese lugarcito, los obliga más bien al menor esfuerzo, por ejemplo, a dejar las puertas "juntas", los cajones entreabiertos y los caños goteando...

–¿Le dejo la puerta "junta"?, interroga siempre quien debería cerrarla herméticamente o abrirla de par en par.

El dejarla "junta" es lo lógico puesto que no hace ni frío ni calor. Luego, si se examina cualquier cómoda de una casa, los cajones nunca están cerrados. Si se entra en cualquier baño público se oirá siempre el agua saliéndose a chorritos de lavatorios y excusados.

Si se cerraran definitivamente todos los bancos comerciales en Ica, estamos seguros que la población seguiría amamantándose con manjar blanco hasta el fin de sus días.

Como lo provisional dura tanto como lo permanente, lo provisional resulta permanente. Pero, cuidado, hay que aliarse íntimamente con el clima; nada de violencias ni brusquedades con él. Con el tiempo, y si no se toman muchas precauciones, la piedra se vuelve arena y el fierro polvo mientras que la quincha, el pastelero y el cuero de vaca se conservan indefinidamente. El yeso se queda como mármol en los cementerios.

Nunca se sabe con exactitud cuándo empieza una obra, cuándo termina, lo que costará y cómo será. El clima es de una suavidad incorruptible. No se deja dominar por nada.

Una cosa puede servir para la otra: el Country Club puede terminar en clínica como la casa de la Perricholi ha terminado en cuartel.

Les encanta formar comisiones con muchos miembros en las que nadie se entiende con precisión. La precisión, como se comprenderá, no interesa; molesta.

Se establecen a perpetuidad opiniones y conceptso sobre personas y cosas sin que se sepa a ciencia cierta por qué. Ejemplos:

–Don Ramón es una bestia.

–Alejandrito y Milucha se entienden...

–Josefina tiene un tumor.

–Lo que vende Buonapietra es una porquería.

Y así se quedan para siempre hagan lo que hagan. Pero el sentido moral no es lo importante en estos casos sino la permanencia.

Todos saben de todo porque nada exige que se penetre mucho. La gracia, muy moderna por cierto, es ser genio sin estudiar nada. El muy estudioso es irremediablemente sonso.

Corolario:

Como la ambición y las ganas no sufren mayores resistencias del medio ambiente, éstas se revelan a las claras y surgen los frescos conocidos, los importantes y solemnes a solas y que todos saludan, las lobas insaciables y sin disimulo, los especialistas y técnicos en cosas raras, los que se sienten dueños del país y los que orinan en la calle a la vista de todo el mundo.

Segundo aspecto.

Si el clima no exige mayores esfuerzos ni perdidas de energía esto no quiere decir que no haya capacidad de lucha, al contrario, la hay y a veces muy grande, pero esta capacidad de lucha, al contrario, la hay y a veces muy grande, pero esta capacidad queda en parte retenida por lo inútil que sería gastarla totalmente ante una naturaleza de suelo que la aniquilaría por completo. Queda entonces una reserva contenida, generalmente dormida, de acometividad, un concho profundo de agresividad no empleado que, no pudiendo manifestarse contra la naturaleza de ese suelo, se vale simple y llanamente de la gente y de las cosas como válvula de escape. Esto es lo que definimos como "el concho telúrico de acometividad" y que funciona automáticamente bajo las siguientes formas:

Forma general.

En lugar de hacerse algo a favor de algo se hace en contra de algo. Ejemplos:

–En cuanto tenga ese puesto en el Ministerio lo friego a Pérez.

–Me caso con la Chacha y lo reviento al suegro.

–Me hago socio de Machorena y arruino a Pelayo.

Total: hay que gastar energías...

Forma particular N° 1.

Se siente que todos tienen su concho telúrico de acometividad retenido y que este puede revelarse en cualquier momento y forma: lo es malo que se acumula en ese concho se espera con la mayor naturalidad y hasta con verdadero interés. Están en su derecho.

Por ejemplo, si el Dr. Tornella, tan honorable, ha robado una fuerte suma y se ha escondido, los comentarios serán los siguientes:

–¿Cuánto?

–¡Pobre Filomena!

–¡Qué barbaridad!

–¿Y llamaron a la policía?

–Y yo que estuve en el colegio con él.

–¿Su papá también?...

Nadie dice: no puede ser, se volvería loco, se han equivocado, etc. Pero esto no es lo importante, eso se olvida fácilmente, lo esencial y profundo es que se alivie el concho telúrico de acometividad.

Forma particular N° 2.

Si a una persona le pasa algo, si le dan una medalla o adquiere una fortuna, el concho telúrico de acometividad de los demás no tiene motivo alguno de desgaste; más bien de freno. De ahí la poca atención y hasta el silencio en estos casos de éxito. Luego, como lo prudente es dudar de lo que no provoca la reacción del concho se oyen cosas como estas:

–El Dr. Tieppo ha escrito un magnífico tratado de psicología.

–¿Desde cuándo Tieppo es inteligente?

–Se lo habrá escrito otro.

–¡Pero si yo conozco a Tieppo!

Forma particular N° 3.

El concho telúrico de acometividad no tiene salida, queda todo adentro, se lo traga el individuo. Esto es corriente y explica el mal humor, l pesimismo, la cavilación y la cantidad de amargados que se encuentran sin razón alguna.

Nota: como todos tienen su concho adentro son sumamente perspicaces, agudos y ocurrentes.

Aspectos combinados: bienestar y concho.

Ejemplos:

Si una persona emprende un trabajo o negocio y le va mal, muy mal, el comentario típico es el siguiente:

–¿Y quién le mandó meterse?

Naturalmente, si nada ni nadie lo obliga a meterse...

El "acomodo" es una actitud característica y natural ante la tremenda topografía del país y lo delicioso del clima en el lugar escogidito.

Si hay cuatro gatos, por separado y sin conocerse, se pondrán siempre juntitos donde sea y como sea: son las llamitas que se juntan al borde de los precipicios y bajo los pedrones de los cerros... Eso que les pasa a las llamas aunque estén en pampa (hábito prudente) les pasa a los gatos en el Perú aunque sean ingleses. Acaban apelotonándose. Nadie sabe, además, si va a haber temblor.

Hay una igualdad cordial, una democracia profundamente humana, debida a la nivelación ante lo imposiblede la costra terrestre y la generosidad de la atmósfera. El concho telúrico de acometividad es el denominador común.

El ratero es frecuente pero no el gangster porque la vida en la ciudad es muy blanda y esconderse en la pampa o en la puna es muy duro.

Las sanciones no son muy fuertes contra los pillos porque las víctimas son generalmente a medias y siempre amparadas por la bondad del medio ambiente que no siente

mucho lo sustraído. El vivo hace gracia y cuando éste no se lanza en cosas mayores se le llama con simpatía "cunda".

Si alguien adquiere poder (porque se lo dan o se lo toma) ese poder resulta siempre mucho mayor de lo que él mismo y los otros puedan creerlo. Esto es debido a la falta de resistencia exterior, de reacción ambiental, lo que redunda en una alarma constante; su concho telúrico de acometividad puede soltarse en cualquier momento. Entonces tratan de suavizar ese peligro a fuerza de "sobe" con algunas ventajas para los especialistas. Es cuestión de equilibrar lo suavecito con lo catastrófico.

El concho telúrico de acometividad es una potencia individual, latente, esencialmente personal, definidora, que impide acuerdo y acatamiento absoluto a las instituciones. De ahí que las personas sean más importantes en su clima que lo instituído por ellas mismas. Las instituciones de estructura extranjera están condenadas. Las instalaciones suecas de aire acondicionado en el Perú se malogran a la semana.

¿Por qué cuando un peruano sale al extranjero adquiere una actividad inusitada y tiene generalmente mucho éxito? Porque como debe, por un lado, defenderse de climas fuertes, y por otro lado la naturaleza del país donde está le parece una bicoca, su concho telúrico de acometividad, de energía acumulada, aflora con la mayor abundancia y de corrido.

¿Por qué el extranjero se encuentra tan bien en el Perú aunque muchas cosas le parezcan mal? Porque como está acostumbrado a dar el máximo de esfuerzo como en su tierra, de capacidad de lucha, siente la fruición, la voluptuosidad de que, rápidamente, se le está formando una cosa rara y agradabilísima en su mente y en su cuerpo, algo que le da confianza, bienestar, reposos, despreocupación; come bien sin trabajar mucho y duerme mucho sin cansarse... Es que se les principia a acumular energías telúricas y les nace el concho de acometividad, de reserva, generalmente en forma

alarmante. El extranjero es un perforador casi inconsciente de nuestro medio bendito.

Entre el concho telúrico de acometividad, de lucha, de energía retenida que, como hemos visto, puede ser mucha, y la gratísima falta de necesidad, precisamente, de lucha, ofrecida por el medio ambiente establecido, se produce la creación paradójica de obras importantes, algunas extraordinarias (industrias, edificios, etc.), todas ellas como es natural, con caracteres más o menos contradictorios. La expresión de esas obras es siempre algo sorpresivo porque o se eternizan o se realizan en menos de lo que canta un gallo. Son como milagros brotados de dos fuerzas profundas y contrarias; una dinámica de impulsos acumulados (concho) y otra estática que lo suaviza todo (clima). El producto es siempre humano y fino. Esto lo aprecian muchísimo los extranjeros cultos. El Perú no es un país para brutos. La falta de la rueda tiene que ver mucho con su originalidad y encanto.

El que llega a realizar algo de principio a fin tal como lo había pensado debe ser considerado como un héroe. Todo conspira contra él; las delicias del aire y lo tremendo de las subidas y bajadas.

Las mujeres son particularmente adorables porque tienen un concho telúrico de acometividad maternal e inagotable: son de una ternura invencible. Todo está a favor de ese concho; la eterna primavera y la geografía que junta.

¡Viva el concho telúrico de acometividad!, exclama Von Futte al terminar su libro.

Conclusión:

En el Perú Taine está muy por encima de Gobineau a pesar de los orejones, la mandinga, el chapetón y los gringos.

MANO IZQUIERDA EDITORES